

SUSCRIPCIONES

	Pesetas
Madrid.....	Mes..... 1 50
	Año..... 17 50
	Trim..... 6
Provincias.....	Sem..... 12
	Año..... 22 50
Portugal.....	Trim..... 8 50
	Año..... 32 50
América.....	Trim..... 15
Ext. y conve.	Año..... 55
postal.....	
En las demás Trim.....	20
Naciones.....	Año..... 80

VENTA.

España.....	30 núm..... 1
Portugal.....	25 núm..... 1 50
América y	
Ext. y conve.	30 núm..... 2
postal.....	
En las demás Trim.....	4
Naciones.....	
Núm. del día.....	5 cent.
Núm. atrasado.....	25 cent.

# EL GLOBO

DIARIO ILUSTRADO  
POLÍTICO, CIENTÍFICO Y LITERARIO

AÑO XII—TERCERA EPOCA

Viernes 17 de Diciembre de 1886

MADRID—NÚM. 4.066

SE SUSCRIBE.

En las oficinas de El Globo,  
San Agustín, 2, y en todas las  
librerías.

ANUNCIOS.

En las oficinas de El Globo,  
San Agustín, 2, y en todas las  
librerías.

REMITIDOS.

En París, la «Société Mutuelle  
de Publicité», rue Caumartin,  
61; director, Mr. Lorette.

Precios convencionales.

Toda la correspondencia se diri-  
girá al ADMINISTRADOR DE EL  
GLOBO.

RECTIFICACION

DISCURSO PRONUNCIADO EN EL DEBATE POLÍTICO EN  
16 DE DICIEMBRE DE 1886, POR DON EMILIO CASTELLAR.

El Sr. CASTELLAR: Señores diputados: Siento muchísimo comenzar esta rectificación en ausencia del dignísimo jefe de los conservadores, porque deseo yo de dar término al debate, voy a defenderme según el orden de las alusiones que se me han dirigido, y como hablo primero el Sr. Cánovas del Castillo, quisiera dirigirme antes que a otros a su señoría, tanto más, cuanto que la segunda parte de lo que voy a decir se enlaza con la primera, porque ciertas alusiones del Sr. Salmeron estuvieron ligadas con las alusiones del Sr. Cánovas. Imposible arreglar mi rectificación de otra suerte, y como me propongo terminar el debate, no ataco, me defiendo, y con esto creo que lo terminará sin dar ocasión ni motivo a nuevas rectificaciones.

Ahora bien: sule decirse que los debates parlamentarios son inútiles, y yo declaro éste de suma utilidad. Hay en él aquello que conviene mantener siempre: la dignidad de la tribuna española y su elevación incomparable. Las naciones jamás decaen cuando tienen oradores de la altura de los que ayer hablaron, y cuando tienen debates como los que ayer hemos presenciado. Pero no es solamente la parte parlamentaria que a toda nación interesa para su renombre intelectual, no; hay una parte política de mayor importancia en todas estas declaraciones: se oyeron ayer aquí.

Primera declaración: La del Sr. Cánovas del Castillo respecto de la legalidad de los partidos, es una declaración muy antigua. Segunda declaración: La declaración del Sr. López Domínguez, de la cual ayer deduje algo en lo cual debo insistir para que no falte una serie en mi razonamiento. El Sr. López Domínguez declaró ayer, contra lo que pudiera decir la mala o lo que pudiera deducirse de sus palabras mal interpretadas, su resolución completa de representar un término progresivo en la serie de los partidos españoles; por consecuencia, ya no hay tercer partido. Luego, señores, vinieron las declaraciones del Sr. Salmeron, estas declaraciones que ya apañé aquí en voz baja, y debo aplaudir ahora en voz alta, es verdad que corresponden a las sinuadas declaraciones del señor Gamazo.

El Sr. Gamazo, de palabra tersa, de inteligencia clarísima, nacido en aquel riñón de Castilla, donde se habla instintivamente la rica lengua castellana, expresa sus ideas con tal claridad y tales formas, que no caben dudas ni vaguedades; oírle, y sostener, con la sinceridad y con la franqueza propias de su raza, que no altera esa mayoría, de la cual era órgano autorizado, ni un ápice el programa del gobierno; declaración verdaderamente satisfactoria para todos, y mucho más dicha por labios tan autorizados y elocuentes como los labios de mi antiguo discípulo y predilecto amigo.

Por último, las declaraciones del jefe de la minoría progresista democrática. Yo le aplaudí en voz baja, y el Sr. Salmeron se volvió y me dijo: no hay que aplaudir hasta el fin. Creí que iba en sus convicciones a decir al fin algo trascendental; y como no dijo nada, declaro que después del fin aplaudí con todo el corazón, con toda la sinceridad de mi alma, con toda la franqueza de que soy capaz, las nobles, las solemnes, las irrevocables declaraciones pacíficas que el Sr. Salmeron hizo ayer, y cuyo comentario formará parte del discurso en este momento a pronunciar. Y hé aquí como soy optimista. Aplaudí en el Sr. Cánovas lo que dijo respecto a la legalidad del partido republicano; aplaudí en el Sr. López Domínguez lo que ha dicho sobre la izquierda; aplaudí en el Sr. Gamazo lo que manifestó respecto del programa del gobierno; aplaudí en el Sr. Salmeron todo lo que ha dicho con relación a ese ministerio y a esta situación. Pero el Sr. Cánovas, a quien ya comunicarán lo que yo he dicho por sí le conviene rectificar, el Sr. Cánovas dijo: mis declaraciones dependen de la noble actitud tomada por el Sr. Castelar, y la noble actitud del Sr. Castelar se diferencia mucho de la actitud que ha tenido aquí durante la Restauración.

Y es verdad; pero nosotros hemos comenzado por distinguir, pues yo quiero siempre saber la posición que ocupó; nosotros hemos comenzado por distinguir la Restauración de la regeneración. Nosotros creemos que la Restauración murió el día en que murió D. Alfonso XII, y nosotros creemos que con aquella Restauración murió una política y que con la regeneración nació otra política distinta. Tal ha sido nuestra creencia. Pero hay más, señores diputados; hay más, y no insisto en las diferencias entre la Restauración y la regeneración, porque quiero a toda costa dejar aparte ciertos temas de debate, y digo únicamente aquello que conviene a mi tesis.

Hay más. Yo he combatido monarquías muy fuertes: la monarquía de don Isabel II, defendida por las espadas de D. Ramon Narvaez y D. Leopoldo O'Donnell; la monarquía de D. Amadeo de Saboya, traída por la espada de D. Juan Prim y defendida más tarde por la espada del general Serrano y del general Topete; la monarquía de D. Alfonso XII defendida por algo más valioso que todas las espadas juntas, por un elemento que vale más que todos los elementos: por la sublime palabra del Sr. Cánovas, que flameaba en aquel momento en toda su luz, y por una mayoría conservadora que tenía entonces una inmensa importancia. Hoy la ley ha predominado mucho sobre la tradición, y por consecuencia, nuestro lenguaje, no solo el mío, sino el de todos, ha cambiado esencialmente.

Pero hay más: cómo quiere el Sr. Cánovas, cómo quiere el partido conservador, que yo hable ahora de la monarquía y de la dinastía como hablaban cuando se trataba de la monarquía y de la dinastía en tiempo de su victoria?

Entonces disclamamos el juramento, entonces disclamamos la Constitución, y entonces, verdad, me levanté y dije en aquella primera Cámara de

la Restauración estas tremendas palabras: «¿Poneis la monarquía sobre la ley? Pues poneis la monarquía fuera de la ley».

Ahora no se trata de esto; ahora todo está discutido. Yo no pienso volver, y no debo volver sobre discusiones fundamentales.

Además, yo he de decir, pues lo digo todo, que mientras el poder esté representado por una causa donde daerme la inocencia, y por una dama sola, abandonada, triste, por una mujer que llora, yo, a impulsos del corazón que latió en mi pecho se apere, y a impulsos de la educación que recibí, no diré de mis padres, porque no conocí al mío, sino de mi santísima madre, vinda y sola, yo no he de tener palabras más que para manifestar un sentimiento, el sentimiento de respeto, y de mis labios no saldrán nunca palabras sino de reverencia y cor testia. (Grandes y estrepitosos aplausos en todos los lados de la Cámara.)

Y ahora viene, señores diputados, como anillo al ddo, la cuestión célebre de mis nacipias.

Yo, señores, no estoy casado con la monarquía; no estoy casado con la regeneración; no aluda a eso; no quisiera aludir a eso; no dije de ningún modo eso; yo estoy casado con la libertad, a quien amo desde mis primeros años. Pero, ¡ay! no encontré en mi juventud la libertad buscada y la poseo ahora.

Si yo, señores, repetí aquí la otra tarde discursos del Sr. Cánovas, como lo puedo hacer de discursos del Sr. Martos, y recitar discursos enteros de D. Juan Dosso Cortés y de otros grandes e inmortales oradores, porque me gusta mucho la oratoria, aun que yo no llegue jamás a esa altura; yo lo repetí a veces cuando me canso de hablar, y en un momento repetí muchos párrafos que yo he dicho en mil ocasiones. ¿Por qué no he de decir esto si voy a decir todo?

Yo he tenido siempre, cuando he expuesto la base de mi doctrina, he tenido siempre a maravilla mía, a gala mía y a satisfacción mía, decir que el principio de los principios mios es la libertad; y ya sabéis que mil veces he dicho que la libertad es el amor es como el ayuntamiento de las fieras; sin libertad el arte como el rulsador prisionero; sin libertad el trabajo, como el movimiento de la máquina; sin libertad la justicia una verdadera cadena, y finalmente, que sin libertad es triste, odiosa e imposible la vida. Pero es verdad, señores, que cuando yo le dirigía estas serenatas a la libertad, se las dirigía desde la calle, allá en la juventud; y había una dueña, la cual guardaba la libertad de tal suerte, que no le veíamos la cara, y yo entonces estaba completamente enamorado, perdí damente enamorado, me pasaba las noches mirando las celosías y luego desafiaba con mi espada en aquel tiempo de las revoluciones a todo el que defendía a la dueña que guardaba la libertad y se oponía a lo que yo deseaba, a mi unión con la libertad. Pero como ahora tenemos libertad o copiamos y yo me hallo en mi casa tranquila y serena con mi familia, como estoy casado con la libertad, no me voy a la calle a dirigirla serenata, y no voy a desahogar a nadie como otro caballero andante.

¿Tenemos o no, señores diputados, libertad de imprenta? La tenemos; y si no la tenemos, que se levante aquí alguien y lo diga. ¿Tenemos o no libertad de asociación? No hay un comité republicano en cada pueblo, cuando no hay tres? (Risas.) Pues no hay eso en Francia. Ya que me obligan a hablar, en Francia los comités no existen mas que en el período electoral; después del período electoral los comités quedan disueltos. Y aquí los tenemos en toda época, en todo tiempo, y yo incomodan a nadie. ¡Ojalá hablara más! L, que a mí me incomodan son las conspiraciones, que los comités monárquicos, incluso los del Sr. Romero Robledo, me tienen sin cuidado (Risas).

Pero si no hay libertad, repito, que se levante quien así lo crea y lo diga, porque a mí me parece que quien tales cosas diga, se forja una ilusión. Y como hay libertad, yo no peleo ya por la libertad, yo no pido ya la libertad. Me sucede con esto lo que con la legalidad del partido republicano, que ya no peleo por ella. Me sucede con esto lo que me sucedía con la esclavitud. ¿Cuántos discursos no he pronunciado yo contra la esclavitud!

Pues estaría bien, que hoy viniera a deplorar la suerte del negro, después que el Sr. Gamazo ha puesto un nombre allá, en la grande epopeya de la emancipación del esclavo, y ha terminado esa obra de justicia y de misericordia que nos valdrá, señores, a todos el perdón de Dios en el último juicio. (Profunda sensación.)

Yo, señores, no he dicho nunca, y quiero que esto se oiga, yo no he dicho nunca, que la monarquía sea incompatible con la libertad, nunca lo he dicho.

¿Cómo lo había de decir yo, habiendo monarquía en Bélgica, en Inglaterra y en Italia? ¿Estoy yo loco? Lo que yo he dicho siempre, la base de mi doctrina, la tesis de mis discursos, ha sido que la monarquía y la democracia son incompatibles. Pues qué, si no tuviera yo esa doctrina, ¿me separaría en algo de mi amigo el Sr. Martos? ¿No pensamos ambos lo mismo? ¿No creemos lo mismo?

Ambos escribimos en La Discusión; ambos escribimos en La Democracia, y comenzamos a separarnos en el destierro con harta sentimiento mío. Bajo el mismo techo que nos cobijaba en aquel naufragio de la emigración, contendíamos ya, él defendiendo que la democracia es compatible con las antiguas formas sociales, y yo sosteniendo lo contrario. Ahí está el Sr. Martos en virtud de una convicción honrada; yo estoy aquí, en virtud de otra convicción honrada. A lo que no hay derecho, a lo que nadie tiene derecho (si ha de haber aquí respeto, y no hemos de proceder por pasiones de partido), es a creer que uno arroja sus convicciones en medio de la calle, y que las arroja por una benevolencia interesada, cuando el honor y el desinterés van unidos en toda la redondez del planeta y entre todos

los hombres cultos é incultos al nombre de Castelar.

Señores, si la monarquía ha de ser ó no compatible con la democracia, es cuestión de tiempo y de experiencia. Por una de esas grandes conjunciones sociales que no están en la mano del hombre precipitar y menos traer, por una de esas grandes conjunciones sociales, la dinastía quizá más vieja y reaccionaria de toda Europa se encuentra hoy unida con la democracia quizá más nueva, más progresiva y más radical. Si esta unión puede verificarse ó no, lo dirán vuestras leyes, lo dirá el cumplimiento de vuestro programa.

Yo deseo señores, por el bien de mi patria, y ruego a Dios que esa conjunción se verifique. Y una vez verificada en lo porvenir a mí no me toca más que una cosa: renunciar a todos los honores, a todos los cargos, a todas las gracias que puedan venir de arriba, no a un sitio aquí donde me mande el pueblo, renunciar a todo eso; pero tengo la seguridad de que viviré mucho tiempo porque me siento muy fuerte y de que las generaciones venideras y jóvenes menos injustas, cuando me vean pasar dirán: no ha traído todo su ideal, pero no puede negarse que ese pobre viejo ha hecho mucho por la libertad de su patria.

Ahora me voy a hacer cargo de una alusión que me hace mucho me haya dirigido mi amigo el Sr. Cánovas del Castillo. Decía S. S.: ¿Cómo quiere el Sr. Castelar aquello que forma hoy la base de su política? es decir, ¿cómo quiere hoy el sufragio universal cuando nos habla de la incapacidad del pueblo? ¿Quién ha dicho eso? ¿Cuándo he hablado de la incapacidad del pueblo español, si he dicho siempre lo contrario? Yo he dicho que el pueblo español tiene más derecho que ningún otro a registrarse a sí mismo por sufragio universal causa de que pocas veces se equivoca en las grandes cuestiones. He dicho que había muchos espíritus distinguidos, los cuales creían una locura el reto, el desafío a Napoleón el grande, y el pueblo español sostuvo contra el voto de una purción de primates el reto a Napoleón el grande, y acertó. Vino la guerra civil, y hombres de patriotismo como Martínez de la Rosa, creyeron indispensable la intervención francesa para acabar con el carlismo; el pueblo liberal español no lo creyó nunca, y siempre entendió con sus nombres de Estado diciendo que reanubla una ignominia la intervención francesa.

Yo he conocido en sus últimos días a un hombre tan excelso como Thiers, el cual perdió el gobierno a causa de la intervención española. Pues bien; Martínez de la Rosa, Isturiz, Galland, casi todos los moderados de entonces se equivocaron, y el pueblo acertó porque tiene una grande capacidad política.

Lo que yo dije entonces y repetí la otra tarde y repito ahora, es que nosotros tenemos toda la ventaja en la lucha de las ideas y toda la desventaja en la lucha de la fuerza, que tratándose del espíritu del siglo, que tratándose del pensamiento y del progreso intelectual, somos los más fuertes, mientras que si se trata de la guerra, del pronunciamiento, del motín, somos muy débiles ó los más débiles de todos los partidos españoles; tenemos menos fuerza material que el partido carlista: eso es lo que he dicho. ¿De qué se trataba? Un diputado había dicho en la Cámara republicana que el cuarto estado no tenía más esperanza que el señor Estébanes. El Sr. Estébanes, cuyo nombre puedo pronunciar aquí, porque en nada le modificaré este recuerdo, dijo que la República no sólo tenía para su defensa al Sr. Estébanes, sino que tenía su derecho y su fuerza. Entonces me dirigí yo al Sr. Estébanes y le dije: ¿Quién le ha dicho a S. S. que las fúas del cuarto estado se hallan a completa merced del partido republicano? Recuerde S. S. que las ideas nuevas son como el sol naciente; doran primero las cimas de las montañas, y tardan mucho en descender, si descendiendo, al fondo de los valles. Este discurso me valió una gran felicitación del presidente de la Cámara, que se llamaba Salmeron y Alonso.

Pues bien; mi tesis era esta, mi argumento era este: siendo nosotros los más fuertes en las ideas, ¿por qué abandonamos la propaganda? Y siendo los más débiles en la fuerza, ¿por qué provocamos a la guerra? Era este un argumento, si ó no? Yo tengo una té vivísima en el progreso humano; yo soy optimista irremediable y no caigo nunca en el pesimismo; yo creo en el triunfo definitivo de la libertad, de la democracia, de la República. Pero yo creo que la historia humana resulta un combate encarnizado entre la idea y la fuerza; yo creo que aquellos pobres peregrinos de Judea vencieron a los Fariseos, que eran la fuerza, porque ellos eran la idea; yo creo que aquellas Repúblicas griegas combatieron y vencieron a Ciro, que era la fuerza con la idea; yo creo que la República romana acabó con aquella egoísta República de Cartago, que era la fuerza por el poder de la idea; yo creo que la idea sólo pudo hacer que aquellas pobres ciudades que lucharon con Federico Barbarroja le vencieran; yo creo que por la idea se constituyó la República helvética en las cimas de los Alpes contra el Austria; yo creo que la idea fué la que dió el triunfo a la República holandesa contra Felipe II; yo creo que la idea acompañó a los Puritanos en el camino hacia América; yo creo que en la idea debemos apoyarnos siempre y no en la fuerza, que es de los tiranos; yo creo, en fin, que la idea hará que se realice el evangelio social sobre la tierra, y que todos los hombres como todas las naciones, nos confiamos en la libertad, en la igualdad y en la fraternidad universal.

Así es, señores, que creyendo yo esto ¿por qué mi querido amigo y discípulo el Sr. Salmeron me declaró ayer cesante de Verbo? El Verbo es un término de la triada india, de la trilogía platónica, de la trinidad cristiana.

Señores, la primera vez que mi amigo el señor Salmeron me llamó Verbo, fué allá en la Tertulia

Progresista. Yo se lo agradecí mucho, porque el Sr. Salmeron lo dice todo con sinceridad completa, y como me llamó Verbo, yo se lo agradezco muchísimo. Después de todo: «In principio erat Verbum, et Verbum erat apud Deum, et Deus erat Verbum». «Qui, propter nos homines, et propter nostram salutem descendit de celis». Si tiene todo el mundo tendencias a creerse un dios, cuando nadie se lo llama, cuántos arrebatos de orgullo no tendrá uno, cuando se lo dice persona tan conoedora de las palabras filosóficas como el Sr. Salmeron? Yo seré, Sr. Salmeron el Verbo, más ó menos cesante; solo que soy un verbo, el cual no se deja conjugar por los soldados de Albuera. (Aplausos y risas que se prolongan por mucho tiempo.)

Hay mas, señores. Me dijo S. S. que yo me iba del republicalismo, que ya estaba fuera del partido republicano. ¿Del republicalismo? Imposible, pues como nací republicano, pienso morir republicano.

Señores; ¡si yo soy un verdadero animal de costumbres! No puedo tomar el té, pues el chocolate me hace daño; no puedo tomar el té sin leer El Imparcial todas las mañanas; y por cierto, que casi siempre lo encuentro admirablemente escrito. Yo no pienso, como piensan los periódicos que leo; pero algunos de ellos los leo con una satisfacción y con un placer grandes, porque soy hasta tal punto amante de la elegancia en el decir que me holgaba en leer a Vauillot cuanto más dislates decía contra nosotros, que a D. nos lo escuchaba casi de rodillas. Pues bien; si por las mañanas no puedo pasar sin leer El Imparcial, por las noches no puedo dormir sin leer La Correspondencia. No comprendo un 24 de Diciembre sin sopa de almejas, y un pedazo de carne se me indigesta, lo mismo que al señor Pidal, el Viernes Santo. (Risas.)

Señores, yo vivo en la misma casa que habitaba poco después de la Revolución; y no me mudo, porque me gusta el portero, me gusta el casero y me gusta la vecindad (Risas), y todo me gusta por hábito y costumbre. A pesar de mis benevolencias interesadas, yo no tengo casa, y tengo casero, como cualquier colectivista, indignado contra las injusticias sociales. Me diferencio del colectivista en que jamás me quejo de mi casero, porque tengo el mejor casero que Dios criara. (Risas.) Como no me mudo de mi casa material, tampoco puedo mudarme de mi casa política, en la que vivo hace cuarenta y más años.

Pero, señores, ¿me sucede lo mismo en mi casa política, que me sucede por mi fortuna en la casa material? Tengo una vecindad, el partido progresista republicano, que se para todo el día moliendo pólvora. Y, francamente, no me llega la camisa al cuerpo.

Temo volar la noche menos pensaba con todos los vecinos, y suelo irme de paseo para que la explosión me coja fuera. (Risas.) ¡Maldadada y peligrosísima vecindad! (Mis risas.) Me voy de paseo, por no encontrarme con que, después de haber estado sentado sobre un montón de pólvora, vuelvo por los aires. Y cuando está por los aires deba decirme tristemente sorprendido de este accidente. (Risas continuas y prolongadas.)

¡Sorprendido! Pero ¡qué sorprendido! Declaro que, al levantarme todas las mañanas indefectiblemente a las seis y media, llamo a mi criado, porque yo también tengo mi Ramon... (Grandes risas.) Llamo a mi criado, y le pregunto: ¿hemos volado esta noche? No, señorito. Gracias a Dios, le contesto, porque todo es detener con nuestra bulliciosa y polvorosa vecindad. (Grandes y prolongadas risas.)

Señores diputados, no creáis que esto es broma, aunque yo lo tome así, porque si hubiéramos de llorar todo lo que esto merece que se llora, francamente, seríamos todos unas Doloresas; no creáis que estos símiles son baladías. Cuanto hace la democracia progresista lo pagamos todos sin comerlo ni beberlo. Yo tengo en Leon unos amigos que votaron al Sr. Azcárate por consejo mío. ¿Es esto verdad? (El Sr. Azcárate: Ya lo creo.) Pues cuando aquí se armó la que se armó el 19 de Setiembre, lo primero que hicieron en Leon fué meter en la cárcel a mis amigos, repito, sin comerlo ni beberlo. ¿Tengo ó no tengo motivos para quejarme de mi vecindad? (El Sr. Azcárate pide la palabra.)

Señores, he de dirigir ahora algunas palabras al Sr. Muro al referir lo que a S. S. y a mí nos pasó el día 20 de Setiembre. Nos hallábamos ese día en San Sebastián el señor ministro de Gracia y Justicia, el señor ministro de Fomento, el señor Muro y yo, y al recibir esa noticia excuso decir que sentimos una grande impresión. Yo por mi parte declaro que pocas veces he sentido una impresión más dolorosa en mi vida; pero declaro también que la mia era relativamente mínima en comparación de la que sentía el Sr. Muro. A tal punto llegaba, que el distinguido diplomático, en cuya casa habito yo en el verano en San Sebastián, subió a mi cuarto y me dijo: «baje usted a consolar a Muro». (Risas.)

Y yo le dije: ya sabe usted que le profeso un afecto paternal, a pesar de algunas que me ha hecho. (Risas.) Fué su padrino en el grado de doctor; fué su juez en las oposiciones, y cuando yo puse hacer ministros, le hice ministro; y lo quiero mucho; pero dígame usted que no se me ocurra más que bajar a pegarle, como bajaría su padre. Y no bajé. Al siguiente día el Sr. Muro dijo: voy a ir a Madrid y voy a decir que es necesario que celemos en esta actitud. Yo le contesté que también iba a ir a ver cómo estaba de salud mi amigo el Sr. Sagasta; y me replicó: pues me voy a ir con usted. No venga usted conmigo, vaya usted en otro tren, porque van a creer que soy el alma negra de usted, y que todo lo que pasa, pasa por mi culpa, porque esto ya me lo dicen en miles y miles de discursos. Después leí en los periódicos que el Sr. Muro había echo lo que me había prometido, y lo que él había pensado.

Historia así las cosas para que se vea cómo necesitamos todos a una resolvernos por la paz; y no ser de esta manera sorprendidos, porque si secretos



de la familia liberal me fuese dado revelar, yo diría que más de un amigo del Sr. Ruiz Zorrilla, muchos, se quejan de que sin auxilios de antemano nada, cuando se hallan mejor en su casa, y tienen muy buenas casas, va por allí la Guardia civil, y se los lleva a la cárcel, sin que sepan el crimen por el que cometieron, el cual no es otro sino la voluntad por los juegos de pólvora en nuestra vecindad. (Risas.)

Esta es una situación insostenible para el partido liberal, tanto más insostenible, cuanto que retrasa, no el advenimiento de la República, que aquí no se trata de eso; retrasa el desarrollo pacífico de la libertad y de la democracia en España. Nosotros somos como los médicos: se nos pregunta nuestra opinión en la política. Si un médico le dice a un sanguijuelo tome usted hierro, le mata; y yo no quiero que tome tanto hierro el partido democrático progresista, al menos a causa de mi vecindad.

Porque, señores, otro de los cargos que se me han dirigido es el siguiente: ¡Ah! se dice, ya no queda ahí representación republicana, porque el señor Castelar dice que la República llegará muy tarde. Pero, señores, ¿quién le ha sostenido yo, en qué tiempo, dónde, el advenimiento próximo de la República?

En el año 70 empezamos una activa propaganda republicana, y en el año 73 nos encontramos con la República, que por lo muy fácilmente que vino, la perdimos, y ahora que la hemos perdido nos creemos que todo el monte es orégano. Pues no es orégano todo el monte. Señores, Francia tenía sobre nosotros el Edicto de Nantes, la Enciclopedia, la revolución, estas tres grandes obras creadoras del espíritu no francés, del espíritu universal y humano. Perdió su República por el delirio de los republicanos, y esta República no volvió sino a los cuarenta y ocho años. ¿Dónde vamos a estar nosotros, señores, dentro de cuarenta y ocho años?

Señores, volvió la República el año 48, se perdió el año 50, y nueva República no volvió sino 20 años más tarde, el año 70. Yo he tenido la honra de conocer con intimidad a Thiers, a S. Mon, a Gambetta, a Favre y Ferry, a todos los grandes hombres que contribuyeron a la tercera República: no los he oído nunca, jamás, durante el imperio, decir que la República iba a venir pronto. La República vino pronto, no por el esfuerzo de los republicanos, por el error de los imperialistas. ¡Ah! señores! la dinastía de D. Alfonso XII no la trajeron el Sr. Cánovas ni el Sr. Martínez Campos; la dinastía de D. Alfonso XII vino por nuestros errores y por nuestras faltas. No; yo declaro que serviré toda mi vida, porque la inspiración de mi conciencia, porque el órgano de mi voluntad que es el corazón, lo quiere así, que si mi conciencia y mi corazón me dijeran otra cosa, se lo diría a mi patria, yo declaro que serviré a la República toda mi vida. Pero, ¿la voy a traer? ¿Por ventura soy yo uno de esos que prometen con ciertas fórmulas hacer ciertos milagros? Esto me recuerda aquella joven que quería ir a la feria y le decía a su padre, autor de calendario: para el día 12 que no llueva, pues tenemos que ir a la feria. (Risas.)

Yo digo en mi calendario que siguiendo el camino de la libertad, que siguiendo el camino del progreso pacífico, que siguiendo el camino de la evolución, la República está mucho más lejos que si se sigue el camino de la violencia y de la reacción. Porque señores, el escándalo de que yo dijera que una monarquía democrática inutilizaba la República, ese escándalo que se ha armado en la izquierda, ¿por qué no se armó el día que dijo lo mismo el Sr. Azcárate?

Pues el Sr. Azcárate, dijo exactamente lo mismo: aquí está un libro y el *Diario de Sesiones*. Su señoría dijo que el agua filtrándose, podía hacer de tal suerte que impidiera la inundación. Y dijo otra cosa que yo no creo, que creo completamente falsa, pero S. S. lo dijo y sus amigos debieron escandalizarse, y no me lo negarán. Dijo que la monarquía de Bélgica se diferenciaba poco de la República de Suiza, y que la monarquía de Leglaterra se diferenciaba menos de la República de los Estados Unidos. ¡Si yo hubiera dicho esto, señores! Por consiguiente, en esto yo no fui más que el Verbo del Verbo del partido progresista; porque el Verbo del partido progresista es el Sr. Salmerón, el Sr. Azcárate es el Verbo del Verbo, y yo Verbo de los dos Verbos, repetí lo que de ellos había aprendido.

Porque señores, tiene gracia que se me diga a mí que están allí (señalando a la mayoría) todos mis amigos cuando son todos los amigos de S. S. los que están allí. Porque los partidos son una colectividad, y el partido republicano progresista dirigido por el Sr. Ruiz Zorrilla, partido de mucho mérito, partido de mucho honor, no quiero de ninguna manera amenguarlo, es el que más contingente ha dado a la monarquía. El Sr. Moret, el Sr. Becerra, el Sr. Martos, el Sr. Montero Ríos, el señor marqués de Sardoal, y no quiero nombrar a los que están en el Senado, pero si fuera a nombrarlos todos, diría que todo el núcleo de esa mayoría ha salido del partido progresista. Y tiene gracia que cuando nosotros no hemos dado ni uno solo, que se me cite, de los antiguos republicanos históricos a la monarquía, se nos acuse de que vamos a llevar a ese banco (señalando al ministerial) a nuestros amigos, cuando ese banco y todos los de la mayoría están poblados por amigos de S. S. Antes de declarar, es necesario mirar un poco hacia sí, y tener mucha conciencia, que yo reconozco en S. S., pero tienen S. S. muy poca memoria.

Yo he dicho que la República vendrá tarde porque no quiero a mi lado impacientes, porque con decirles que el camino es árduo y largo se van los impacientes, y los que quieren la República por los procedimientos violentos y traída por la revolución, no me hacen falta; que se vayan a cualquier otro lado.

Pero una menos que hoy debiera yo decir es esta cosa, y la digo por mi propia defensa, pues nunca como hoy debía yo congratularme de que las ideas mantenidas por mí siempre, hayan resonado en esos bancos, y tengan en esos bancos tan resueltos partidarios. Señores, la benevolencia es una palabra de tal modo extendida, que me perdonará el Congreso si me detengo un poco, no más que un poco, a contar su historia. Casualmente la palabra la dije yo, y yo sostengo con grande empeño, siempre que mi conciencia no me lo veda o las circunstancias no me lo impiden, aquello que he dicho porque soy como el hombre de Pascal que está siempre estudiando y aprendiendo, y no me he desposado con la mentira. Pues bien, yo declaro que guardo en mi mente, minuto por minuto, y podría referir acto por acto, la historia de la benevolencia, de cuya benevolencia la partió el Sr. Salmerón. Ayer S. S. dijo: yo le declaro la paz a ese gobierno. Pues esto es lo que nosotros dijimos: la benevolencia no significa otra cosa, no significa más sino que el partido republicano en una situación liberal estará pacífico. Eso fue lo que se dijo entonces. La malevolencia llamó a aquella benevolencia, y se quedó esa palabra inventada contra aquella política por la malevolencia; pero la palabra no contaba más que esta declaración: "Nosotros estaremos en la legalidad, sin apearse a la guerra, siempre que haya en ese banco un ministerio liberal."

N. estaba en aquellas Cortes el Sr. Salmerón,

pero vino a las Cortes siguientes, y entonces, disautóse la Internacional, fui yo encargado por la minoría republicana de repitir la declaración de benevolencia a los radicales delante del ministerio conservador, y entonces dije yo estas palabras: "Declaro que con la política liberal vendrá más tarde la República, pero vendrá mejor; declaro que con la política reaccionaria vendrá más pronto la República, pero vendrá peor; y por eso, porque quiero que la República venga mejor, preferimos la política de la legalidad a la política de la revolución, porque nosotros deseamos una evolución lenta, progresiva, y que la República venga bien, y después de haber venido, se queda... ¿Y qué nos dictó aquella declaración, señores diputados?"

Pues la continua lucha entre los elementos revolucionarios y los elementos pacíficos del gran partido republicano histórico, y entonces me encontré yo donde me encuentro ahora; lo que ahora me dicen, me lo decían entonces; lo que ahora pasa, pasaba entonces; sólo que, entonces me lo decían aquellos que habían vivido toda la vida conmigo, y ahora me lo dicen aquellos que nunca han vivido conmigo; porque yo no he estado nunca en armonía de ideas ni en comunidad de historia con el partido progresista. Por consecuencia, entonces me echaba de mi casa mi familia, y ahora vienen a echarme de mi casa los ajenos, o por lo menos, los recién llegados. Francamente, tengo derecho a quejarme, y me parece que otra naturaleza más apasionada y más vehemente que la mía, pues a pesar de mis excessos en el lenguaje, en el fondo soy hombre frío, se hubiera quejado con más ardor que yo.

Y ahora digo y sostengo, que combatidos, anatematizados, contrastados por la política intrasigente, nosotros no tenemos más remedio que seguir, no digo una política benévola, sino una política ministerial. ¡Pues no faltaba más, sino que habiendo quedado ese gobierno en pie y con su bandera en la mano, después de los tristes acontecimientos del 19 de Setiembre, nosotros fuéramos tan ciegos que no se lo agradeciésemos, y ayudásemos a derribarlo!

Señores diputados, yo que he consumido mi vida, y consumí toda la que me queda, en la educación de la democracia, yo digo que, mientras el gobierno y la autoridad y el Estado no sean tan populares como la libertad, no hay democracia posible.

Las democracias lo tienen todo: pedides ideas, pedides fe, pedides cultura, pedides abnegación, pedides heroísmo, y encontrareis todo eso, y, sin embargo, no saben apoyar ni a un gobierno suyo, y es necesario enseñarles a apoyar a un gobierno nuestro lo que cueste y digan lo que digan. ¡Pues no faltaba más, señores diputados! Este mal es de todos los pueblos. Hallábase no hace muchos días en una casa que no quiero mentar, y hallábase en ella también uno de los escritores más ingeniosos de Europa, que algunas veces suele escribir artículos en contra mía. Pocos días antes, estando yo en otra casa donde él se encontraba también, al verme se fué, y dijo a un director de un periódico: "Me voy, porque como he escrito tantos artículos contra el Sr. Castelar..." —Pues dígame usted que no me importan nada esos artículos. Para la prensa tengo yo una oración que en mi tierra dicen. Allí un marido paciente decía: "¡Señor, que mi mujer no me falte! ¡Señor, si me falta, que no lo sepa! ¡Señor, que si lo sé, no me importe!"

Pues bien; yo digo: "Diga usted a ese señor que yo siento que los periódicos escriban contra mí, como cada hijo de vecino; pero después de todo, muchas veces no lo sé; pero, por regla general, cuando lo sé no me importa... Y es el medio único que tenemos los estadistas de salvar la libertad de imprenta."

Otro día estaba esa persona en una casa, y la dije una: "¿Ha visto usted a M. Le Roy?" La contestación fué: "No, señor; desde que es ministro no le he visto." Entonces me volví, y le dije: "Pero el ser ministro, ¿es un crimen?"

Esto me recordó a un buen amigo, que nos pertenecía todo; que fuésemos violentos, que fuésemos exagerados; pero en cuanto éramos ministros, no volví a saludarnos. ¡Ah, señores! Si los democratas no han de ser nunca ministros, lo serán siempre los reaccionarios, y como es preciso aprender el arte de sostener a los gobiernos, yo digo: que casi, casi, cuanto peor es un gobierno liberal, me gusta más apoyarlo, porque así demuestro más mi desinterés y así demuestro más la necesidad de apoyar a los gobiernos liberales, y no digo nada siendo un gobierno tan bueno como el del Sr. Sagasta.

Pero, señores, si esto de no querer apoyar a los gobiernos sucede en Alemania, ¿qué tierra oras los señores diputados que ayer mañana leí un admirable discurso del canciller Bismarck, discurso pronunciado en 1891 con motivo de las elecciones, en el que decía: "an Alemania nadie quiere sostener a los gobiernos, nadie; y esto es tan cierto, que yo tengo una porción de parientes y hasta un hermano en la Cámara, y cuando mi hermano me va a dar un voto favorable, me dice: no creas que soy ministerial, no me juzgues en esta posición tan humillante; voto porque el parentesco y la sangre me tira, pero soy siempre de oposición." ¡El propio hermano del canciller!

¿Se puede vivir así? ¿No hemos de saber hacer más que la oposición? Pues yo quiero que todo el mundo aprenda a sostener gobiernos, porque si se hubiera aprendido esto en el partido republicano, ¡ah, señores! otra fuera nuestra suerte. Sobre todo, es necesario que concluya este período de perturbación, y para que concluya yo creo lo más útil que el partido republicano democrático o progresista-republicano, como se llame, pues no pienso regatearle el nombre, mantenga lo que ayer dije, porque me contento con las manifestaciones de ayer; pues no me importa lo que hará el partido republicano progresista cuando venga el partido conservador. Mañana recuerdo un libro que citaba mucho un amigo mío; libro que decía: "de lo que hubiera hecho San Antonio de Padua si hubiera desembarcado en Lisboa." De lo que hará el partido republicano cuando mande el partido conservador. Ya lo veremos: eso depende de muchas circunstancias, y no quiero decir nada acerca de esto.

Lo que yo digo es que esta es siempre por la paz y por la libertad; lo que digo es que hemos creado una democracia para que sea un elemento de trabajo, y que si la democracia es un elemento de guerra, no hay libertad posible, porque el trabajo vigoriza más que la guerra, es mucho más viril y mucho más moral, digan lo que quieran, que la guerra, y, al cabo, la guerra, presidiendo de todo principio de derecho y de todo principio de justicia, es abajo la violencia opuesta a la violencia, y arriba el despotismo opuesto al despotismo, y es de señío a que realice el derecho en medio de la guerra.

Lo que los partidos hayan de hacer depende exclusivamente del método que empleen. Detrás de una revolución hay aparejada una dictadura: en el desarrollo lento y pacífico hay siempre, siempre, siempre un grande y justo gobierno parlamentario.

Yo comprendo que las dinastías y que los monarcas apelen a la guerra, cuando los monarcas se llaman Carlos V, Pedro el Grande, Federico II, Carlos III, porque hacen lo que quieren y se inspiran en su propio pensamiento, y desde la altura de

en trono trastornan dictatorialmente una sociedad y la elevan a las más ennoblecidas eminencias del espíritu del siglo, o la precipitan en los abismos de la reacción. Pero nosotros, que debemos contar con todo el mundo, que debemos llamar a la vida pública a todos los hombres; nosotros que representamos el pueblo, nosotros que somos el Parlamento, nosotros que somos la idea, nosotros que invocamos la voluntad general; nosotros no podemos imponer un Gobierno por la violencia, y si lo imponemos, ese Gobierno se volverá contra nosotros y seremos locos, dementes, suicidas hoy, y mañana malditos en la posteridad y en la historia. Porque, señores, a la revolución ha sucedido la evolución, y así como a fines del siglo XV vino el renacimiento y a fines del siglo XVI vino la organización de la idea religiosa en el Concilio de Trento y en la Confesión de Augsburgo, y a fines del siglo XVIII vino la revolución francesa, a fines del siglo XIX, no hay que dudarlo, viene el término, viene la conclusión y el acabamiento de todas las revoluciones, y se acaban las revoluciones porque son innecesarias.

El sistema astronómico nos enseña la evolución confirmada por Laplace; el sistema filosófico nos enseña la evolución de las ideas, el sistema zoológico y botánico nos enseña el desarrollo evolutivo gradual de los gérmenes; el sistema geológico nos enseña que no ha habido catástrofe, sino que todo se ha hecho lentamente por el ministro de Dios, por el tiempo. Convenidos en esto, renunciemos a las revoluciones, y unámonos todos en los sentimientos que a todos deben inspirarnos bajo la bóveda de este templo: en la santidad de la ley y en el amor a la libertad y a la patria. (Grandes aplausos.)

## SEGUNDA RECTIFICACION

El Sr. CASTELAR: Dos frases tan solo he de pronunciar, porque si fueran dos palabras ya me habría sentado. (Risas.)

Con el método evolutivo, que yo defiendo de la revolución, hemos conseguido la libertad de imprenta, la libertad de reunión, la libertad de asociación y estamos a punto de conseguir el matrimonio civil, el jurado y el sufragio universal. Esto lo hemos hecho en las Cortes con el método evolutivo. ¿Qué hemos hecho con Badajoz y con el 19 de Setiembre? ¿Qué, señores, hemos hecho, como los pronunciamientos de ahora?

## LA SESION DEL CONGRESO

A primera hora, como siempre, la sesión ofreció poco interés. El Sr. Martos se sentó en el sillón presidencial a las tres y diez minutos, dando la palabra a varios señores diputados que pidieron documentos, formularon preguntas o defendieron proposiciones. Entre otras, merecen citarse la del señor Irujo sobre los arcos valencianos, cuya lectura autorizó en la sesión de anteaer las sesiones.

Entrando en la orden del día, fueron proclamados diputados: por el distrito de Lucena (Córdoba), el señor marqués de la Vega de Aranjó; por el de Lalin (Pontevedra), el Sr. D. Angel de Urzaz, y por la Habana el Sr. Balaguer.

Juró el cargo de diputado el Sr. Urzaz, y quedó aprobado el dictamen de la comisión, dando un plazo para que presente su credencial el diputado electo por Morón (Sevilla).

## Continuación del debate político.

El Sr. Portuondo que tenía pedida la palabra para alusiones comenzó su discurso. Bueno será decir que el público esperaba con alguna curiosidad las declaraciones del diputado de la minoría coalicionista. Habiase dicho que el orador representaba el matiz más revolucionario de los varios que hasta ahora se han ofrecido entre los republicanos de la coalición, y aun aseguraban algunos que fulminaría a nombre del Sr. Ruiz Zorrilla, grave excomunión contra las ideas expuestas por el Sr. Salmerón, por el Sr. Azcárate y singularmente por el Sr. Muro.

No hubo nada de eso; el Sr. Portuondo, en su breve discurso, se limitó a decir que estaba de acuerdo con todas y cada una de las declaraciones del Sr. Salmerón; y como el Sr. Salmerón ha mostrado su conformidad con las palabras del Sr. Azcárate y del Sr. Muro, y el Sr. Muro ha dicho claramente que abomina y rechaza las revoluciones, las asonadas y los motines, resulta que existe, por ahora al menos, aparente conformidad entre los diputados del partido republicano progresista.

Si alguna duda cupiese sobre este asunto, la desvanecería la interrupción del Sr. Salmerón al señor Sagasta. Decía el presidente del Consejo al resumir el debate, que el Sr. Muro había rectificado las ideas expresadas el viernes acerca del derecho de insurrección por el jefe de la minoría. No las ha rectificado, exclamó el Sr. Salmerón; las ha confirmado.

Interesa, pues, que hallándose de acuerdo el señor Salmerón con el Sr. Muro, y el Sr. Portuondo con el Sr. Salmerón, no existe el más leve disenso en la minoría sobre asunto tan importante como las apelaciones a la fuerza, aun cuando lo haya absoluto y completo con el Sr. Ruiz Zorrilla.

Pero el razonamiento no debe quedar aquí. Todos los que han seguido con alguna atención el debate han podido convencerse de una cosa: el señor Muro, con el Sr. Baselga y el Sr. García Monfort, presentó una proposición en la junta directiva de su partido, protestando contra los procedimientos de la violencia, o lo que es lo mismo, contra la conducta observada por el jefe de los progresistas democráticos, Sr. Ruiz Zorrilla. Las declaraciones del Sr. Muro en el Parlamento, en nada alteraron el sentido de aquella proposición, antes bien, lo ampliaron y lo confirmaron. No cabe, pues, duda alguna. El Sr. Muro no está por los pronunciamientos, ni por las sediciones, ni por los motines. Protestó contra los suces del 19 de Setiembre y protestó contra cualesquiera otros semejantes. Sus palabras fueron categóricas y explícitas, y su actitud correctamente legal, clara y diáfana.

Como se explica entonces que el Sr. Portuondo, amigo y representante autorizado de la política revolucionaria del Sr. Ruiz Zorrilla, asiente a las declaraciones del Sr. Salmerón, el cual, por su parte, está absolutamente conforme con el Sr. Muro?

Responde a esta pregunta quien pueda, que nosotros somos incapaces de aclarar las dudas de aquel que las tuviera.

Ni aun sometiendo la imaginación, el entendimiento y todas las potencias del alma al duro ejercicio de fingir lo contrario de la realidad, podíamos responder a la pregunta que tiene mucho parecido con los acertijos.

Conste, pues, y no pongamos de nuestra cosecha cosa alguna: la minoría de la coalición ha adoptado temperamentos de paz. Ni aun los representantes del Sr. Ruiz Zorrilla se han atrevido a negarlos.

Falta saber ahora si el expatriado aprobará o no a los dichos diputados de su partido en el Parlamento: si lo aprueba, quedará por todos terminantemente condenada la violencia; y si no lo aprueba, vaya buscando el Sr. Zorrilla otros correccionarios, porque los encargados de defender la revolución y la fuerza en España, ó no saben, ó no quieren, ó no pueden defenderla.

El discurso del Sr. Portuondo tuvo el mérito de ser breve: sin aquella entonación afectada y sin

aquel chorro de sinónimos, hubiera sido irreproachable.

Acto continuo concedió la palabra el señor presidente al Sr. Castelar. Los escaños, que se habían ido poblando poco a poco de diputados y senadores, fueron materialmente asaltados. La Cámara presentó de pronto el golpe de vista que ofrece en las grandes solemnidades. No bien se levantó nuestro ilustre jefe de su asiento, reinó profuso silencio en el recinto. Desde las primeras palabras fué el auditorio suyo.

En otro lugar de este número reproducimos integra la maravillosa rectificación del incomparable orador republicano. Es costumbre de El Globo el no formular juicios sobre las dotes del insigne hombre de Estado. Pero esta vez no podemos menos traernos a la tentación de expresar nuestro pensamiento. Conocíamos, como conocían todos, al señor Castelar, como maestro en el decir esos admirables períodos de elocuencia en que no ha tenido ni tendrá probablemente rival. Los elogios a las formas con que sabe revestir las más elevadas ideas, se han agotado. Sus mismos adversarios declaran a una que Castelar no tiene comparación posible con ninguno de los grandes oradores conocidos.

Pero el Sr. Castelar quiso demostrar a ver que ningún género de elocuencia le es extraño. Fué una verdadera revelación hasta para nosotros que pretendíamos conocer sus portentosas facultades.

La ironía, la gracia, la salú ática; y ¿por qué no decirlo? la salandanza, salieron a borbotones de sus labios durante la hora cumplida en que hizo uso de la palabra.

El público le escuchaba embelesado y absorto. Sólo en algunos párrafos se mostró el Castelar de siempre; pero al escuchar la mayor parte de ellos, creíamos oír a un orador distinto. Los que han presenciado las sesiones del Parlamento inglés, decían que el gran orador español parecía súbitamente transformado en un orador británico, y los que conocen las formas con que se expresa lord Salisbury aseguran que no pareció sino que nuestro ilustre compatriota había tomado a éste por modelo. ¡Qué agudezas, qué epigramas, qué intenciones y qué noble y sincera franqueza!

Con un atencón nuestros lectores este discurso y digan después si estas frases nuestras no responden a la realidad.

En cuanto a sus declaraciones políticas, ni una palabra: allí están todas cuantas convenían a su propósito y a las necesidades del debate.

No acudió el Sr. Castelar al terreno a que le llamaban algunos para que hiciese por milésima vez en su vida una nueva profesión de fe republicana. Los hombres de la altura del Sr. Castelar no discuten vulgaridades. Pronunció aquellas palabras graves y dignas, propias de un estadista, y pasó de largo a otro asunto.

Su intencionada frase: "Quizá sea yo el verbo, como pretende el Sr. Salmerón; pero no soy un verbo que se deja conjugar por los soldados de Albuera," es una de las más felices y más oportunas que hayan salido jamás de labios de orador alguno. Al concluir la sesión, los diputados y los asistentes a las tribunas salían repitiéndola, como si el Sr. Castelar hubiera tenido poder suficiente para grabarla en el cerebro de todos.

El triunfo del gran orador excede a cuanto pudiéramos decir aquí.

El Sr. Castelar tiene, como diría Victor Hugo, las zonas, las temperaturas, los frutos y la vegetación de las grandes montañas. Ayer, quizá cansado de remontar el vuelo de su portentosa fantasía hasta las más elevadas cumbres, nos demostró que sabe caminar cuando quiere por las sendas frecuentadas del valle, sin tropezar en ningún escollo.

Era natural, después de las repetidas alusiones de nuestro ilustre jefe a la minoría de la coalición, se levantara alguno de sus individuos a recogerlas.

Encargóse de esta misión el señor Azcárate, pronunciando un discurso corto, en el cual no brillaron como otras veces las admirables cualidades de polemista que distinguen al sabio profesor de la Universidad Central.

Encarándose con el señor Cánovas, dijo que las funciones del Parlamento son ante todo legislativas, sin que por eso pueda sostenerse por nadie que su acción no deba fiscalizar las medidas de los gobiernos. Recordó al jefe de los conservadores su antigua doctrina sobre la legalidad de los partidos, impugnándola en un párrafo brillante, que mereció los aplausos de todos los demócratas.

Y dirigiéndose al Sr. Castelar, quien se mostró en su discurso partidario decidido de la propiedad individual, dijo que los pensadores modernos dirigen su acción hacia la defensa de cierta propiedad corporativa. No hubiera estado de más que el ilustre catedrático hubiese señalado, de pasada, en qué se distingue su criterio del que sustenta nuestro jefe. No lo hizo; creemos que entre ambos no existen sustanciales diferencias, y que las propiedades corporativas citadas por el señor Azcárate, no son sino distintas manifestaciones de la propiedad individual.

En su manía de establecerlas, y sin duda para tener ocasión de replicar a lo que es incontestable, formuló un cargo contra el Sr. Castelar diciendo que no tiene explicación aquel aserto del ilustre orador de que está más lejos del Sr. Pi y Margall que del Sr. Cánovas. Del concepto de la patria, debió añadir el Sr. Azcárate. Porque en este punto, si tal cosa hubiera añadido, habría resultado que el Sr. Azcárate no anda en buenas compañías frecuentando el trato del jefe de los federales, de quien es seguro que está tan distanciado como estos abominables republicanos gubernamentales, en la doctrina referente a la organización del Estado y de los poderes públicos.

Una nueva declaración hizo el Sr. Azcárate que conviene dejar consignada, es a saber: la de que el partido en que S. S. milita admitió y votó en las asambleas de 1881, 1883 y 1885 una conducta enérgica, justa y legal. Así se explica que el Sr. Azcárate se viese tristemente sorprendido en la noche del 19 de Setiembre, pero no se explica que sin interrumpir y día por día haya consentido desde entonces que sus correligionarios proclamen jefe indiscutible del partido al Sr. Ruiz Zorrilla.

Ya muy avanzada la tarde comenzó a hacer uso de la palabra, para resumir el debate, el Sr. Sagasta.

Digámoslo con franqueza: el discurso del señor presidente del Consejo de ministros, fué dada su posición y dados sus compromisos, lo que debía ser y lo que nosotros esperábamos que fuera.

Se cumplirán todas las reformas (crecidas, sin abandonar una sola de las contenidas en nuestro programa. Tales fueron las frases más expresivas de su oración. Con motines y sin motines, vendrán a las Cortes los proyectos de ley que traducen la ley de garantías aceptada por el partido liberal. ¿Qué hemos de hacer nosotros si no aplaudir esas terminantes manifestaciones, como las aplaudíamos con significativos signos de cabeza los señores Azcárate y Salmerón?

La justicia obliga a declarar que las palabras del Sr. Sagasta corresponden a su significación, a su historia y a la historia del partido que acudía. Quizá por vez primera en nuestra patria se ve a un gobierno trencelar muy alta la bandera de que se sirvió para conquistar el poder.



No hay en el Sr. Sagasta vacilaciones ni desmayos, como no los hubo en el Sr. Moret y en el Sr. Sagasta. El Sr. Gamazo en su última rectificación. El gobierno se halla resuelto a cumplir cuanto ha ofrecido, y la mayoría dispuesta a apoyarlo. De los bancos de la derecha salieron los aplausos más nutridos cuando el presidente del Consejo expresaba por modo tan terminante sus declaraciones. Liámenos benévolo y ministeriales, en sea de mefa los diputados de la coalición; pero al hacer tal cargo, conviertan la vista a su propio partido, y digan qué recursos les queda sino aplaudir, como ayer aplaudieron con nosotros, a un Gobierno que tales muestras da de su confianza en el Sr. Salmerón de las sombras en que se mueve, y lo consiguió. El Sr. Sagasta quiso sacar al Sr. Salmerón de la coalición dijo en frase bien expresiva y en voz muy alta, como hacíamos observar al comienzo, que el Sr. Muro no rectificó, sino que confirmó sus declaraciones del día pasado. No es mal texto el discurso del Sr. Muro. A la terminación del discurso del señor presidente del Consejo, que dicho sea de paso, fué extremadamente aplaudido, se puso fin al debate levantándose la sesión a las siete.

## ECOS POLITICOS

El Resúmen, molesto por lo que ayer dicen, ó decían, sobre la vista de las actas de la Coruña, escribe lo siguiente:

«Algunos periódicos, ya ministeriales, ya benévolo, se hacen eco hoy de maliciosas interpretaciones sobre la indisposición de nuestro amigo, considerándola como un ardid empleado para diferir la vista del acta de la Coruña, por cuya circunscripción luchó el Sr. Linares Rivas.»

En su derecho están los periódicos a que aludimos en recurrir a tan pueriles é inocentes malicias.

Más valdría, sin embargo, que en vez de ello se dedicaran al estudio de la escandalosa acta de la capital gallega y al examen de la serie de tropelías cometidas por el entonces ministro de la Gobernación Sr. González, a fin de privar a nuestro ilustre amigo el señor Linares de la representación en Cortes de sus numerosos electores.»

Nosotros la hemos estudiado, y nos creemos mejor enterados que el colega.

En esas tropelías son, si las hay, primeros responsables los romeristas, aliados de El Resúmen.

Ellos fueron los que, unidos con ciertos elementos rurales de apariencia fusionista, intervinieron en aquella elección famosa, y ellos los que, recientemente, han dado origen en la Diputación provincial de la Coruña a los escándalos y disturbios de que toda la prensa de Madrid ha hablado.

Más valdrá, pues, que El Resúmen mire y piense lo que dice, antes de formular gratuitas acusaciones.

Así no incurrirá en la extravagancia de felicitar a los verdaderos y únicos causantes de la derrota del Sr. Linares Rivas, cuando los ve figurar en las reuniones teatrales convocadas por el señor Romero Robledo.

La Fc prometióse las muy felices:

«Siempre hemos creído y muchas veces hemos dicho que Europa no llegaría al centenario de la declaración de los derechos del hombre, sin que se impusieran a las sociedades los derechos de Dios. Y esto se ve ya venir en España.»

De modo que para el advenimiento de D. Carlos no faltan ya más que dos años y ocho meses.

Mal hace en comprometerse La Fc, pues a contar de ese día, capaces son de exigirle daños y perjuicios sus correligionarios.

Pero, en fin, por si ó por no, no estará de más que el gobierno implo de la veana República suspenda los trabajos preparatorios del centenario de 1789.

La Epoca diciendo en nombre de su partido la última palabra al gobierno:

«Si sus reformas son prudentes, nuestros amigos son antes que todo patriotas, y no las estorbarán: si son perjudiciales, nuestros amigos son antes que todo monárquicos, y cumplirán su deber.»

«Si sus reformas son prudentes! Esto es, si las hace, como la de bases del Código penal, a gusto de conservadores.»

No sabemos por qué La Epoca no se lo ha dicho en verso y habría sido más bonito:

Si quieres que yo te quiera ha de ser con condición, que lo tuyo ha de ser mío, y lo mío tuyo no.

El Liberal, que según todo el mundo sabe, es por sus antecedentes, sus sacrificios y su programa la primera autoridad entre republicanos, ayer nos cambia el nombre y en vez de posibilistas dice, que nos llamaremos imposibilistas.

El Sacramento de la confirmación exige que sea obispo, quien lo administre.

Tal vez sea obispo El Liberal en las regiones republicanas, porque frecuentemente actúa como ordinario.

Pero preado nuestro no es, y no le hemos pedido el Sacramento. Conque así, administre a su gente, que se lo agradecerá más.

Un diario, ministerial entreverado, dice refiriéndose al discurso del Sr. Castelar:

«Y como al mismo tiempo se queda el Sr. Castelar llamados republicano, pidiendo reformas y apoyando a los gobiernos liberales con su incomparable palabra, admiramos la abnegación del Sr. Castelar, que en aras de la verdad se sitúa en un desierto para la vida política, acampando en él con sus huérfanos leales.»

Y qué? Solamente los que pasaron por el Desierto llegaron a la tierra de Promisión.

El Progreso llama a la política del Sr. Salmerón, política de Wagner.

Y después dice de ella entre otras cosas:

«Obraba cuerdamente ayer nuestro ilustre amigo el Sr. Salmerón no ofreciendo la benevolencia de la minoría republicana progresista al gobierno del señor Sagasta. Estimables y nobilísimas son las razones en que apoyaba su negativa, pero con ser tan atendibles, Cívicas de alguna no menos importante. Nuestra benevolencia, en todo caso, pudo añadir, sería simplemente personal, sin comprometernos a que obtengamos por esto mismo, la de un partido que nos ha enviado al Congreso, precisamente a todo lo contrario.»

El artículo que empieza de esa manera acaba de este modo:

«No parodiemos a Wagner haciendo política, permitamos el galicismo, como aquel celebrado y estrafalario maestro hacia música del porvenir.»

La música progresista, aunque parezca la mayor de las anomalías, no es música del porvenir. Está ya reducida a dos piezas del pasado.

O canta uno el himno de Risgo, ó le cantan el Trágala.

## TELEGRAMAS

(DE NUESTRO SERVICIO PARTICULAR)

Pontevedra 16 (5:50 tarde).—Director Glesbo.

Ayer a las doce de la noche se desencadenó un horrible ciclón sobre esta ciudad. Las pérdidas

son grandes, así en la población como en las cercanías. En el vecino puerto de Marín ha habido cuatro muertos. Daré detalles por el correo.—El correspondiente.

PARIS 15.—Un despacho de Berlín dice que los delegados búlgaros no serán recibidos en aquella corte más que con carácter oficioso, y no como representantes del gobierno búlgaro.

El gobierno alemán se funda para ello en que Bulgaria es un Estado vasallo de la Puerta, y que por lo tanto las relaciones entre él y los demás Estados deben tener por intermediario al gobierno del Sultán.

Se asegura que Rusia opone serias dificultades a la aceptación de la candidatura del príncipe Fernando de Coburgo.

PARIS 15.—Hoy son esperados en astapillas los príncipes Waldemar de Dinamarca y la duquesa de Chartres.

NUEVA YORK 16 (mañana).—En la Bolsa de esta ciudad hubo ayer un pánico indescriptible. La causa se atribuye a las exageraciones de la especulación y a las necesidades de liquidar para los inventarios de fin de año.

El papel vendido fué en proporciones tales, que, según dicen los periódicos, no hay un ejemplo semejante en los anales de la Bolsa de Nueva York.

Al cerrarse ésta, se había restablecido algún tanto la calma, pero se temen quiebras de consideración.

## RADICALES Y CONSERVADORES

PARIS 15.—Los radicales dirigen violentos ataques contra el ministro de Negocios extranjeros Sr. Florentin, recordando que ha servido al imperio, al Sr. Thiers, al mariscal Mac Mahon y a Gambetta.

Añaden que ahora no hará más que la política del Sr. Freycinet, de quien recibirá las inspiraciones a pesar de aparecer éste alejado de los negocios públicos.

Los conservadores por su parte hacen blanco de sus ataques al presidente del Consejo Sr. Goblet, de quien recuerdan sus opiniones sobre la cuestión religiosa, pretendiendo que a pesar de sus declaraciones aprovechará su situación para alentar a los partidarios de la separación de la Iglesia del Estado.

En vista de estas disposiciones, tanto de la derecha como de la extrema izquierda, se tiene muy poca confianza en la estabilidad del nuevo gabinete, calculándose que para Febrero ó Marzo próximos surgirá de nuevo la crisis ministerial.

## ABAJO LOS FONDOS

PARIS 16.—A causa de la elevación del descuento del Banco de Londres y de otras circunstancias debidas a la situación de los mercados, hoy ha habido un descenso en la mayor parte de los valores en casi todas las Bolsas.

El 4 por 100 exterior español ha bajado en Londres 75 céntimos relativamente a la cotización de ayer, y en París 72.

Se comenta mucho el gran pánico de ayer en la Bolsa de Nueva York, que produjo enormes bajas en los valores locales.

Lo que principalmente ocasionó el pánico fué la venta de 631.000 acciones de sociedades.

## LOS PROTECCIONISTAS FRANCESES

PARIS 16.—La nueva legislatura comenzará en la Cámara de diputados con los proyectos de ley relativos a la protección de la agricultura.

A pesar de que los libre-cambistas combatirán enérgicamente el recargo sobre los cereales, los proteccionistas confían sacarlo adelante.

Se asegura que el gobierno francés tiene el propósito de elevar los derechos sobre los vinos de Italia, si esta potencia no reduce los de los vinos franceses.

## Fabra.

Nota. A causa del mal estado de las líneas por efecto del temporal no se han recibido aun los despachos de París, correspondientes a la tarde y noche de hoy.

## CUERPOS COLEGISLADORES

## SENADO

Se abre la sesión bajo la presidencia del marqués de la Habana, y previas algunas preguntas sin importancia de los señores Oliva, Polo de Bernabé, marqués de Moros y Roger y Daval, se entra en la orden del día, que es como nuestros lectores saben, el proyecto de escuadra.

Pero antes se discute el proyecto de ley concediendo pensiones a las viudas del general Fajardo, del brigadier Velarde, conde de Mirasol y capitán Peralta.

El Sr. Salamanca y Negrete usa de la palabra en contra, impugnando el proyecto por injusto, toda vez que hay muchas viudas en igual caso, a quienes no se han otorgado iguales beneficios.

Para demostrar que no le movía animosidad alguna contra las pobres viudas, a que el proyecto se refiere, inicia una suscripción que él encabezaría con mil duros.

El Sr. Corcuera defiende el proyecto en nombre de la comisión, y se aprueba en votación ordinaria, no obstante pedir que fuese nominal el señor Salamanca.

Sin discusión se aprueba el proyecto que autoriza la construcción de un Palacio de Justicia en Barcelona.

Proyecto de escuadra.

El Sr. Romero Giron (de la comisión), combate la enmienda del Sr. Terrero al art. 1.º diciendo que todo el mundo está conforme en la necesidad de que tengamos buques de guerra construidos con arreglo a los adelantos modernos y suficientes, sino para pelearnos en frente de una potencia marítima de primer orden, por lo menos para defender nuestro decoro nacional en el caso de estar hollado ó desconocido, y para defender nuestros intereses en lejanas tierras.

El Sr. Pezuela (para alusiones) manifiesta que en nuestros arsenales se trabaja tan rápidamente como lo permite el expediente de los centros administrativos, y con la perfección que resulta de los adelantos más modernos.

Defiende la industria naval del país, la fabricación de cañones y demás material de guerra; dice que en Filipinas, ni en Cuba, en donde hay 43 puertos, hay uno solo artillado que pueda servir de refugio a los buques españoles.

El señor ministro de Marina demuestra que la principal necesidad ó la más inmediata que se va a atender con la construcción de buques, es el servicio de nuestras provincias ultramarinas, y los acorazados no pueden ir a Filipinas.

El Sr. Pezuela repite que si el Congreso no hubiera introducido en el proyecto la promesa de construir acorazados, lo hubiera combatido resueltamente.

El Sr. Terrero insiste en los puntos de vista de su enmienda y del discurso que pronunció apoyándola, y pide que se arriende uno de los tres arsenales, el de la Carraca, indicando de paso el procedimiento que puede seguirse para que esta modificación al proyecto aprobado ya por el Congreso, no origine conflicto alguno.

Después de algunas palabras más del Sr. Romero

Giron, queda desechada la enmienda del Sr. Terrero en votación ordinaria.

El señor ministro de Marina amplía, contestando al Sr. Pezuela, lo que dijo sobre imposibilidad de construir en la fábrica de Trubia cañones en número suficiente para nuestra marina.

El Sr. García Torres combate el artículo 1.º Observa que, con motivo de esta discusión, se han reproducido los antagonismos entre los señores vicesalmirantes Antequera y Beránger, que ya se produjeron de manifiesto en 1884. Ha ocurrido además aquí una escena, que no sañdrá a la calle, por fortuna, gracias a la discreción de los periodistas.

El señor ministro de MARINA: ¿Quiere decir el señor senador que escasa es esa?

El Sr. GARCÍA TORRES: La escena es que el Sr. Pezuela ha dicho que, después de gastar 125 millones, nuestros buques tendrán que huir.

Combate también la distribución de haberes en el personal de marina, y el concepto por que algunos cobran, como gratificaciones, etc., y termina diciendo que para dar satisfacción a los contribuyentes, los pagos de la administración de la Armada, como todos los servicios del país, están fiscalizados por la intervención general y dependa su ordenación del ministro de Hacienda, y que el importe de gratificaciones, prácticas, etc., se dedique al capítulo de construcciones.

El señor ministro de Marina se levanta a contestar a las seis y cuarto. La mayor parte de las gratificaciones que quiere el Sr. García Torres que se apliquen a construcciones, ingresan hoy en el Tesoro, y sobre todo, ¡pobres buques se podrían construir con esas gratificaciones, que no existen más que en la mente de algunos!

Encuéntra exagerada la apreciación que hizo el Sr. García Torres de las palabras cruzadas entre el Sr. Pezuela y el orador, como asimismo de la divergencia de opiniones técnicas entre los Sres. Beránger y Antequera.

Contestando a palabras pronunciadas en la sesión, dice que el contribuyente español, no debe ni puede temer que buques nuestros, chicos ó grandes, acorazados ó cruceros, huyan, como dijo el Sr. Pezuela, porque las armas españolas, ni por mar ni por tierra saben huir. (Aprobación)

Termina diciendo que desea que se apruebe el proyecto, para que la bandera española se pasee honrosamente por todos los países.

Se suspende el debate, y después de leer unos proyectos de ferrocarriles económicos, se levanta la sesión.

Eran las siete menos cuarto.

## SECCION DE NOTICIAS

El Consejo de ministros celebrado ayer, bajo la presidencia de la regente, tuvo escasa importancia.

El Sr. Sagasta al hacer el resumen de política interior y exterior, expuso el curso que lleva el debate político en el Congreso, mostrándose satisfecho con sus resultados: de los asuntos del exterior trató de la reciente solución de la crisis francesa.

El Sr. Moret puso a la firma varios decretos referentes a concesión de cruces. No asistió el ministro de Ultramar por hallarse indisputado.

El consejo, que comenzó a las once, terminó cerca de las doce, reuniéndose los ministros en la secretaría de Estado.

Ayer tarde se reunió en el Senado la comisión de presupuestos.

El objeto de ella fué emitir dictámen sobre dos proyectos: uno aprobando un suplemento de crédito y un crédito extraordinario para los ministerios de Estado y Fomento respectivamente, y otro por el que se conceden varias transferencias de créditos, en los presupuestos de Guerra y Hacienda.

Los dictámenes emitidos por la comisión de acuerdo con los proyectos, se leyeron ayer tarde y declarados argentes, serán discutidos en la sesión de hoy.

Gran éxito contra dolencias del pecho por medio del Jarabe y Pasta Zed. Venta en todas las farmacias.

Ayer mañana se verificó el entierro del catedrático de Historia Natural del Instituto de San Isidro.

Don Sandalio de Pareda y Martínez, distinguido profesor de parte de la generación actual, nació en Torine (Búrgos); ha muerto a la edad de 64 años; durante su vida, que no dejó de consagrar al estudio, ha ocupado puestos importantes, en los que ha merecido el aprecio de todos.

Era catedrático propietario de la citada asignatura, doctor en Ciencias y en Medicina y Cirujía, académico de número de las Academias de Ciencias y de la de Medicina, y correspondiente de otras docas corporaciones; por sus trabajos científicos fué premiado en la Exposición de 1875. La clasificación del gabinete de Historia Natural del Instituto en que explicaba, se debe a su constancia y trabajo diario, habiendo reunido 12.000 ejemplares.

Las obras que ha dejado a la posteridad son: Tratado de Historia Natural, Fisiología é higiene, y las Lecciones instructivas sobre Historia y Geografía.

A la conducción del cadáver a la sacristía de San Isidro, han asistido el Claustro de la Universidad y comisiones de alumnos de los Institutos y de los colegios particulares.

El Instituto de San Isidro ha permanecido cerrado en señal de luto, pues ha muerto el Sr. Pareda siendo director de este establecimiento.

A. Porras, dentista. Arenal, 22, duplicado, Teléfono 752.

Ayer tarde fueron detenidos dos sujetos, que se presentaron en el gobierno civil, para gestionar la concesión de un empleo, con una recomendación falsa, que aparecía firmada por el señor Romero Robledo.

El individuo detenido en la madrugada del miércoles en las galerías del Palacio de la plaza de Oriente, fué trasladado ayer mañana al gobierno civil, donde continúa.

Según ha declarado, es médico de profesión.

En la calle de la Torreclilla de Leal rieron dos jóvenes que sostenían entre sí relaciones amorosas, disparando él sobre ella varios tiros de revólver, hiriéndola gravemente.

El agresor se dio a la fuga, y fué capturado en la calle de la Rosa.

Esta noche a las nueve, tendrá lugar en el Círculo de la Unión Mercantil la primera conferencia de este curso. Se hallará a cargo de nuestro amigo el elocuente orador Sr. D. Melchor Almagro y Díaz, que disertará sobre el tema «Relación del comercio con el derecho internacional.»

La comisión del Senado que entiende en el proyecto de ley declarando fuera de curso legal la moneda acuñada con anterioridad al decreto de 1888, eligió ayer tarde para su presidente al señor D. Servando Ruiz Gómez, y secretario al señor marqués de Aguilar de Campoo.

También acordó pedir al ministro de Hacienda los antecedentes necesarios para emitir dictámen sobre este proyecto.

Ayer tomó posesión del mando del departamento de Cádiz el Sr. Montijo.

El consejo de Instrucción pública levantó ayer tarde la sesión, apenas comenzada, en señal de duelo, por la muerte del Sr. Pareda y Martínez, director del Instituto de San Isidro y miembro que fué de dicho consejo.

Según un telegrama del comandante de Marina de Sevilla, ayer mañana se fué a pique en el Guadalquivir el vapor inglés Lady Berta, que estaba en el puerto cargado de mineral.

Inmediatamente comenzaron los trabajos para ponerlo a flote.

Dos individuos rieron en la calle de Pelayo, resultando herido uno de ellos.

En la calle Mayor fué detenido el timador conocido por el Alacarán.

Comunican de Logroño, que en la noche del fué encontrado en el campo el cadáver de un pastor, de veintiseis años, con la cabeza separada del tronco.

Los tribunales entienden en el asunto.

Telegramas posteriores de origen oficial, amplían la noticia de nuestro servicio particular que en otro sitio publicamos sobre el ciclón de Pontevedra, diciendo que las cuatro víctimas causadas en Marín, lo fueron por hundimiento de la casa, en que se hallaba instalada la capilla protestante y de entre sus escombros se extrajeron aquellas, temiendo que haya alguna más.

El Senado aprobó ayer el proyecto sobre construcción de un nuevo Palacio de Justicia en Barcelona.

La vista de una de las actas de la Coruña, suspensa anteañoche por la repentina indisposición del Sr. Dávila, ha sido señalada para la mañana sábado, después de la de Vera.

Según noticias de origen oficial en la costa del Cantábrico reinó ayer un fuerte temporal que se temía haya causado algunas desgracias y muchos daños.

En San Sebastián produjo la galerna la pérdida de diez y nueve lanchas pesqueras, salvándose afortunadamente todos sus tripulantes.

El propósito del gobierno respecto a la duración de las tareas parlamentarias, es prorrogar la actual legislatura hasta el día 23 del corriente, si fuese preciso, y de todos modos mientras haya dignados bastantes para que vayan adelante algunos de los proyectos de ley presentados y pendientes que tiene verdadero interés en ver aprobados, porque de no ser así, se retrasarán mucho, dado que en la nueva legislatura habrá que proceder a elegir nuevas comisiones que los estudien y den dictámen con los demás trámites de reglamento.

La próxima legislatura dicen los amigos del gobierno que será convocada por decreto para el 10 ó el 12 de Enero, fecha que creemos se alargará al 18 ó el 20.

Decididamente el discurso del Sr. Portuondo no ha respondido a lo que de él se esperaba, y menos aún a las indicaciones de El Progreso, órgano de los zorillistas. Esta colega calla anocha, pero sus correligionarios deciden con referencia al Sr. Portuondo, que para decir lo que dijo, valdría más haber callado.

Los que pasan, no sin motivo, por mejores amigos del Sr. Ruiz Zorrilla, se muestran tan encojados con sus representantes en las Cortes, que no se acuerdan la lengua para decir que si algo representan, serán sus especiales aspiraciones y no las del partido que les dió sus votos, proponiéndose cuando llegue el caso de unas nuevas elecciones, negarles el voto, ya que no concuerdan en sus casas y en el retraimiento a que las mas zorillistas se muestran siempre inclinadas. Esto por lo que se refiere al porvenir apreciado por las circunstancias del presente.

Que por el momento muestrense muy complacidos de los escritos que uno y otro día dirige El Progreso a los Sres. Muro, Baselga, Azcárate, Peñaflor y Salmerón, esperando que seguirá por este camino con respecto al Sr. Portuondo y a cuantos no respondan a la actitud de su jefe Sr. Ruiz Zorrilla.

## LA GACETA

## DE AYER

Dirección general del Tesoro público y Oración de Pagos del Estado.—Esta Dirección general ha acordado que el día 20 del actual se abra el pago de la mensualidad corriente a las clases activas, pasivas y clero que perciben sus haberes y asignaciones por la Tesorería Central, las de las provincias y Pagaduría de la Junta de clases pasivas.

Al propio tiempo se pone en conocimiento de los respectivos centros oficiales que la asignación del material se abonará, sin previo aviso, el 23 del mismo mes.

Consejo de Redenciones y Enganches militares.—Junta calificadora de aspirantes a destinos civiles.—Relación de las vacantes que han de proveerse a fin de mes por los aspirantes que a ellas tengan derecho.

Subasta.—Una que tendrá lugar el día 11 de Enero del año próximo en el arsenal del Ferrol para el suministro de rails y puentes de hierro para las vías férreas del astillero.

Vacantes.—El día 12 del mes de Enero próximo tendrá lugar en el Ayuntamiento de Madrid, las oposiciones a tres plazas de médicos terceros en el cuerpo facultativo de la Beneficencia.

Otra en el ayuntamiento de Villarrubia de los Ojos dotada con 999 pesetas anuales.

Otra de médico cirujano en el ayuntamiento de Zahara (Cádiz), dotada con el haber de 3.000 pesetas anuales.

Ayuntamiento de Madrid.—Próximo el vencimiento del cupón núm. 50 del empréstito de 1861, los tenedores del mismo podrán hacer la presentación en la sección de Deuda de esta Contaduría en la forma acostumbrada los lunes y martes no festivos, de once a dos de la tarde.

## DE HOY

GUERRA.—Decretos autorizando al director general de Artillería para adquirir una grúa de 40 toneladas de potencia para la fábrica de Trubia; 50 quintales métricos de zinc para la fundición de Sevilla; mil quintales métricos de yeso para la fábrica de Trubia, y dos parcelas de terreno para la fábrica de pólvora de Murcia. Al director general de Ingenieros para adquirir materiales de construcción para la comandancia de Zaragoza. Al director de Administración Militar para adquirir una amasadora mecánica con destino a la Coruña, y otra a Madrid, y para arrendar una casa en Málaga con destino a Gobierno militar.

HACIENDA.—Orden renovando un fallo de la junta arbitral de Irún, sobre aforo de un artefacto de madera forrado de terciopelo de seda para exhibir objetos de joyería.

Otra revocando otro fallo de la junta arbitral de Alicante sobre adeudo de una partida de cajas de cartón.

GOBERNACION.—Orden mandando insertar en la Gaceta la Memoria y documentos que la compañía de operaciones de cuenta y razón efectuadas por las diputaciones y ayuntamientos.

## MOVIMIENTO BIBLIOGRAFICO

La flauta, su historia y su estudio, por Joaquín Valverde, Madrid, Tipografía de los sucesores de Rivadeneyra, 1888.

Un tomo en 8.º de 160 páginas; su precio 3 pesetas.



